

Capítulo 29 - La Tare de Lerit - El Último Orellen

- [Capítulo 29 - La Tare de Lerit - El Último Orellen](#)

Capítulo 29 - La Tare de Lerit - El Último Orellen

La Tare de Lerit

Reino de Derif

El Imperio Osumun

Hace Un Año

En ningún rincón había un lugar mejor que la Tare de Lerit.

Todos los hombres a bordo del Ayagull afirmaban eso, pero Lander no les creyó. La tripulación de su padre solía contar historias y exagerar. Y durante el largo viaje por el mar, Lander fue víctima de tantas bromas y travesuras que la confianza ingenua que llevaba desde el inicio se convirtió en un escepticismo extremo.

Dar tres palmadas en el pecho con ambas manos no era la forma adecuada de saludar en la Isla de Crone. Los Wartfish no escondían perlas en sus intestinos. Y orinar en el mar durante una tormenta no te ayudaría a crecer un bigote más grueso.

Cuando llegaron a puerto en Lerit's Tare, la ciudad había sido tan elogiada por cada marinero a bordo que Lander esperaba descubrir que era un conjunto de ruinas y chabolas, y no la capital comercial del Imperio Osumun.

Pero parecía que era todo lo que prometían y más aún.

Al día siguiente de su llegada, siguió a su padre, intentando aprender los entresijos de su negocio mientras su cabeza se llenaba de vistas y sonidos maravillosos.

“Papá, ¿es ese un mono? ¿Como en la historia del capitán borracho y el simio?”

Era su milésima pregunta, pero su padre se volvió para mirarlo en la dirección que Lander señalaba y respondió con paciencia: “Sí, es un mono de algún tipo. Aunque me sorprende que hayas notado algo considerando el resto del espectáculo.”

El dueño del mono era una música que tocaba el violín mientras el pequeño animal bailaba sobre la losa de piedra a sus pies. Ella vestía pantalones brillantes y una camisa hecha de red plateada adornada con abalorios y cuentas de colores. Los pantalones eran tan ajustados que serían un escándalo en Hemarland, y la parte superior, tan pequeña que, si la hubiera visto sin la persona

que la llevaba, habría pensado que era un adorno de mesa.

“Deja de mirar fijamente a la señora, pequeño,” dijo su padre. “Es de mala educación mirar sin dejar una moneda en la bandeja de la dama, y tu madre me cosería a mis propias velas si supiera que le diste tu dinero a esa causa.”

Lander se ruborizó y asintió, pero al pasar junto a la música, sacó uno de los botones encantados de Kalen de la bolsa que había escondido debajo de su camisa y lo arrojó a su bandeja.

Se sintió muy astuto por haberlo logrado sin que su padre se diera cuenta.

La música le guiñó un ojo, el mono hizo una reverencia, y Lander sonrió con orgullo. ¡La cara de Kalen sería tan divertida cuando le contara que uno de los botones ahora pertenecía a una mujer que solo llevaba una red de peces como vestido!

Holv lideraba el camino, y mientras avanzaban cada vez más lejos del puerto, Lander descubrió que el mundo era más amplio de lo que alguna vez había imaginado.

Algunos hombres paseaban por las calles cubiertos de joyas, y otros yacían en las cunetas sin nada más que lo que los dioses les habían dado al nacer. Carrozas con oficiales de la ciudad pasaban junto a prostíbulos ilegales. Había arroyuelos de aguas residuales corriendo por zanjas abiertas a los lados de algunas calles, y puentes de madera tallados cubrían esas zanjas frente a las tiendas más elegantes, para que la gente no ensuciara sus zapatos.

Todo era tan diferente a la vida en el pueblo. Landor estaba bastante seguro de que no le gustaba el caos que ello implicaba. Pero, en cambio, adoraba las cosas que la ciudad ofrecía en abundancia. Había tiendas de juguetes, cafeterías con pasteles y una tienda que vendía únicamente aves exóticas. También había tiendas de velas, vendedores de tabaco y tatuadores. Frente a una tienda de tatuajes, el hombre que anunciaba a los transeúntes prometía: “Diseños protectores iluminados por un mago”.

Parecía que los tatuajes serían mágicos. Landor ni siquiera sabía que algo así pudiera existir. Su padre puso los ojos en blanco y lo arrastró hacia otro lado antes de que pudiera preguntar por uno... uno tan pequeño que su propia madre nunca lo notaría, por supuesto.

Afortunadamente, se encaminaron hacia una plaza rodeada de restaurantes y puestos de comida, y la decepción de Landor se disipó. La carne asada soltaba columnas de humo en el cielo despejado. Ollas con mariscos burbujeaban y despedían vapor. Había montañas de verduras y bosques de dulces, y en un puesto, un hombre tallaba flores en melones.

Landor ni siquiera conocía el nombre de la mayoría de los alimentos que veía, pero quería comerlos todos.

Se quejaba con hambre de una brocheta de pollo y albaricoques cubiertos de miel que goteaba, mientras su padre conversaba con un vendedor de especias cuyo puesto, cubierto con una tienda, era más grande que la mayoría de las tiendas del alrededor de la plaza.

Había un par de espadachines de aspecto rudo vigilando el puesto. Y la anciana madre del vendedor de especias, que se sentaba en un cojín enlazando hierbas en haces para secar, tenía unos ojos tan agudos que Landor pensó que podrían cortar a un ladrón antes incluso de que llegaran los guardias.

Era cuidadoso en mantener una distancia respetuosa de las mercancías mientras su padre discutía con el mercader.

Algunas especias eran tan valiosas que se guardaban en diminutas cajas lacadas con forma de joya. Otras se vendían en sacos enormes de harina. Una docena de esos sacos debería haber estado en un almacén en los muelles, destinados al Ayagull, pero no estaban allí. Holv y el vendedor de especias tenían una discusión poco amistosa sobre ello.

“Fueron comprados y pagados en la pasada temporada por el capitán Shunda, y tú los prometiste a él, y aquí tengo los comprobantes de pago en mi posesión. Entonces, ¿por qué no están a bordo de mi barco?”

“Ya te lo dije. Es porque el precio ha subido desde la pasada temporada. Vender granos de pimienta en esa cantidad sería como robarme a mí mismo.”

“Vengo de un lugar donde un hombre no hace promesas que no puede cumplir.”

Las gruesas cejas del mercader se fruncieron, cubriendo su nariz. “Si vinieras de un lugar que no fuera ninguno, sabrías que estos tiempos son malos para todos. El emperador es un cobarde, una de nuestras familias practicantes ha declarado la guerra a otra, y la última oficina de portales del mercado negro cerró hace tres meses, cuando esos bastardos de Leflayn comenzaron a llegar en masa.”

Desde su cojín, la madre del hombre bufó entre dientes.

El vendedor de especias la miró. “Bueno, son bastardos y él es un cobarde. ¡Uno que no se preocupa por la economía! No seré condenado por decir la verdad.”

Landor observaba la discusión desde un rincón, esforzándose un poco en entender el acento del hombre. Como la mayoría de los acentos continentales, le resultaba áspero a sus oídos. Las palabras estaban todas cortadas y fragmentadas, como si el orador estuviera perpetuamente enojado, y esto se agravaba por el hecho de que, en realidad, el vendedor de especias parecía estar enojado en ese momento.

Lander devoró su último trozo de albaricoque justo en el momento en que su padre golpeaba con el puño contra el costado de una caja y gritaba: “¡Lander, ven!”

Holv salió del toldo a paso firme, Lander siguiéndole de cerca, sin detenerse hasta alcanzar el otro extremo de la plaza. Allí, Holv permaneció de pie, observando el bullicioso mercado con mirada fija y ceñuda, los brazos cruzados sobre el barril de su pecho.

“¿Es grave, papá? El hombre dijo que devolvería el dinero del capitán Shunda, con intereses.”

Lander había aprendido sobre intereses solo durante este viaje, y le resultaba un concepto muy interesante. Se le daba dinero a alguien, y ese alguien lo guardaba por un tiempo, luego te devolvía más. ¿No sería acaso molesto para el viejo y cascarrabias capitán que le regresaran su dinero con un poco más?

Pero su padre gruñó y negó con la cabeza. “Le prometí a Shunda que le traería cierta carga. Él tiene planes ya hechos para ese cargamento específico y no para la devolución de su propio dinero. Si fuera un comerciante de tierras lejanas, lo dejaría pasar, ya que hemos sido contratados para transportar y no para comerciar. Pero Shunda es nuestro vecino y, en ocasiones, socio comercial. Le debemos más de lo que le debemos a un desconocido.”

Tiene sentido, pensó Lander. Tal vez el capitán Shunda había arreglado vender sus pimientos en otro lugar a un precio mayor, y su reputación y sus finanzas propias se verían perjudicadas si la especia no llegaba a tiempo.

“¿Y qué hacemos entonces?”

Su padre volvió a gruñir. Seguía mirando el mercado, aparentemente sumido en profundas pensamientos. Finalmente, dijo: “Uno de los problemas que un capitán de Hemarland debe afrontar es la falta de información. Me parece que el mercado está más vacío que en años pasados. Si el comerciante de especias ha sido honesto, poco podemos hacer para remediarlo. Pero si ha sido engañoso, hay algo más. No sé cuál es el caso, así que tengo que averiguarlo. O tú.”

“¿Yo?” dijo Lander. “¿Cómo voy a saber si dice la verdad?”

“Ya sabes desenvolverte por el puerto con suficiente soltura para regresar solo. Mañana vendrás a la ciudad a comprar los libros de tu primo, y visitarás cada tienda y puesto donde vendan especias. Pregúntales por el precio mayorista del pimiento de savia.”

“Entendido,” respondió Lander, procurando que su orgullo no se notara en su voz. ¡Finalmente, confiaban en él para una tarea importante! Había empezado a temer que sus principales obligaciones en este viaje serían soportar las burlas de la tripulación y fortalecer su espalda levantando cajas en la bodega. “Lo haré bien, señor.”

“Te dejaré algunas otras cosas para preguntar mañana por la mañana. Si las tarifas son tan diferentes como dice, quizás debamos reconsiderar el resto de nuestra carga. No sería correcto que una nave entera de bienes se vendiera por mucho menos de su valor, solo para volver a casa y decirle a quienes nos contrataron que miramos a otro lado mientras sus compradores los engañaban.”

“¿Incluso si no son nuestros vecinos?”

“Todo ser humano merece un mínimo de respeto. No me importa obtener un beneficio legítimo o a quienes lo logran, pero la Ayagull no partirá en ayuda de embaucadores mientras yo sea su capitán.”

El capitán del muelle, quien había sido un ejemplo de ineptitud desde su llegada, se volvió sospechosamente ansioso por descargar el barco cuando Holv comenzó a hacer preguntas sobre el estado de la economía en Lerit's Tare.

El padre de Lander informó a su desilusionada tripulación que debían permanecer a bordo para proteger la carga hasta tener más información. A la mañana siguiente, partió en la embarcación auxiliar con dos de los marineros y un barril de cerveza para conversar con el capitán de una nave conocida que acababa de atracar en la bahía.

Lander fue la única persona autorizada a desembarcar ese día, y estaba algo nervioso, por lo que no pudo disfrutar plenamente del privilegio. Su tarea era averiguar los precios de toda su carga, y aunque nunca olvidaría el contenido del sótano del barco, le preocupaba que pudiera olvidar las cifras proporcionadas por los comerciantes de la ciudad.

Pero resultó que las cifras eran tan impresionantemente altas que recordarlas no fue un problema. Algunos de los objetos que transportaban valían quizás tres o cuatro veces más de lo que le habían dicho, y gran parte de lo que habían enviado a comprar o recoger para sus clientes también lo era.

Y la gente estaba dispuesta a hablar de ello. ¡Oh, cómo lo estaban! Por todas partes en las que Lander se cruzaba, escuchaba quejas.

Alguna familia de practicantes llamada Orellen era un nido de cobardes serpientes que habían abandonado sus responsabilidades fiscales.

El emperador del Imperio Ossumun era aún más cobarde, una serpiente que ni siquiera sabía qué significaba la responsabilidad fiscal.

Y un mago llamado Terriban Leflayn era un bárbaro decidido a destruir el sustento de cada hombre y mujer trabajador en la ciudad.

La magnitud y dramatismo de todo aquello era suficiente para marear la cabeza de Lander.

Hacia mediodía, su bolsillo quedó vacío de los botones encantados de Kalen, y su mente se encontraba saturada de todo el chisme local. Incluso el mensajero que había contratado para llevar los nuevos libros de su primo hasta el muelle tenía algo que decir al respecto.

“¿Estos son libros mágicos, verdad? No son de los ilegales, ¿no?”

“¿Hay unos ilegales?” preguntó Lander.

El otro muchacho, unos años menor que él, se rascó la nuca. “Bueno, no lo sé con certeza, ¿sabes? Pero escuché que algunos tipos ahora dan problemas. Si me topo con alguno de esos nuevos practicantes en la ciudad, no quiero que piensen que llevo algo que no les gusta. Tal vez deberías pagarme más.”

“No tengo más para pagarte. Si no quieres el trabajo, simplemente lo haré yo mismo.”

El muchacho le lanzó una mirada de reproche.

“Bueno, no creo que sean ilegales,” dijo Lander con defensiva. “Ni siquiera puedo leerlos. Pero eran baratos en comparación con todo lo demás en la tienda, y las cosas ilegales suelen ser más caras, ¿verdad?”

El muchacho lo miró con más ganas. “Ustedes, los extranjeros, no saben lo difícil que ha sido para nosotros en el Taro de Lerit. Tienen corazones negros, lo tienen. Apuesto a que no les importa lo que hagan con la gente que les cae mal, esos nuevos practicantes.”

Lander frunció el ceño. “No es como si te obligara a llevar los libros. Eres tú quien vino hacia mí y dijo que repartía paquetes.”

Al final, el muchacho aceptó los libros, pero mientras se alejaba cabizbajo, gritó: “¡Cuando el reino consiga su independencia, gente como tú no me tratará tan mal! ¡Su majestad se encargará de ello!”

Lander parpadeó. Eso era algo nuevo.

A pesar de todas las quejas que había escuchado ese día, casi nadie mencionó el reino ni su actual reina. Según lo que Lander entendía, el Reino de Derif era más una idea que un país realmente organizado.

Estaban en el extremo lejano del Imperio Ossumun, y las únicas ciudades lo suficientemente grandes para ser llamadas así eran Tare de Lerit y la Enclave de las cobardes serpientes Orellen. Estaba hacia el este. O lo estaría, si no hubiera sido destruida recientemente.

La región había sido gobernada por estos hechiceros Orellen, con muchas gildas de comerciantes bajo su mando. Ahora que los Orellen tenían problemas con el emperador y el bárbaro Magus de otra familia mágica del imperio, eran las gildas comerciales las que controlaban todo.

En fin... las reinas y reyes de Derif solo eran figuras decorativas. Lander, sin experiencia previa en asuntos reales, pensaba que la actual reina era alguien que se disfrazaba con trajes elegantes para asistir a ceremonias y festivales religiosos. Como una artista callejera que todos acordaban que debía estar presente en ocasiones especiales.

El continente es un lugar confuso, lleno de personas aún más confusas. Si no fuera por la comida, creo que no tendría sentido alguno.

Su estómago protestó en acuerdo.

No había comido nada desde temprano en la mañana, así que se dirigió al puesto que vendía pinchos de albaricoque y pollo, que había disfrutado el día anterior. En el camino, meditaba sobre los precios de la madera, que eran cinco veces más altos de lo que deberían. ¿Realmente intentaría su padre renegociar todo el cargamento del Ayagull?

Si yo fuera el capitán, ¿lo haría?

A Lander le gustaba pensar que sí. Aunque su pago era principalmente por transportar mercancías, se sentía mal por regresar a alguna de las pequeñas islas donde habían detenido y decirles a quienes los habían contratado para llevar sus sustento y necesidades que no habían sido buenos administradores.

Pero no era fácil.

¿Y qué decir de la gente en Regorma, por ejemplo? Ellos habían enviado toda su cosecha anual de conchas de Corixe con el Ayagull, como en años anteriores. Ya tenía un contrato con un distribuidor en Tare de Lerit, que generalmente revendía esas conchas a joyeros y fabricantes de pigmentos en todo el continente.

El dinero que recibían se destinaba a pagar el suministro de grano y medicinas, que habían pedido para cubrir los próximos seis meses. Pero las conchas de Corixe habían perdido valor, mientras que el grano y las medicinas habían aumentado. Aunque el distribuidor pudiera pagar la tarifa prevista por las conchas, y aunque esas necesidades se hubiesen reservado como prometido para los Regormanos, el precio actual sería demasiado alto.

No podemos sólo llevarles la mitad de los alimentos que esperaban y ninguna de las medicinas.

Lander pagó su pincho de pollo con lo último de su dinero y se preguntó cuánto habría costado si hubiera estado aquí el año pasado. O incluso hace tres meses, cuando las cosas parecen haber empeorado abruptamente.

Comió mientras paseaba por el mercado, viendo todo con una visión renovada, aunque no suficiente para sentirse seguro de su propia comprensión. Entonces, se le cruzó algo más sencillo y mucho más agradable de pensar: una figura que se interpuso ante él.

Llevaba un vestido de color rosa pálido, suave y aterciopelado como el pétalo de una flor. La cintura y el corpiño estaban bordados con hilo blanco, y tenía guantes blancos con botones de perlas en las muñecas. Su cabello negro caía liso por su espalda, reluciente como un río.

“¡Eres hermosa!”, exclamó Lander de forma espontánea. Luego, se puso rojo como un tomate al escuchar a un par de mujeres que vendían verduras en el puesto vecino reírse.

“¡Escucha a ese pequeño muchacho de la isla! ¡Es un verdadero conquistador, ¿verdad?”

“Chico, esa mujer tiene medio lustro más que tú, si es que tiene un día. Eres muy ambicioso.”

Avinagrado, Lander se apresuró hacia otro puesto, deseando desaparecer. Por suerte, la joven a quien había dirigido su cumplido parecía no haberlo escuchado. O quizás ya estaba tan acostumbrada a que la gente gritara aleatoriamente sobre su belleza que ni se molestaba en voltearse.

Ella caminaba con decisión hacia la tienda del comerciante de especias, su paso firme. El dobladillo de su vestido rozaba el suelo, aunque no había ni una mota de polvo en él.

Desde la distancia, Lander la observaba, preguntándose cómo podía existir una persona tan bella. Incluso sus orejas eran encantadoras. ¿Quién tenía orejas encantadoras?

Entró en la enorme tienda, desapareciendo tras una pantalla de madera.

Sintió una especie de mareo por su repentina desaparición. Quizá debería volver con el vendedor de especias, para saber si los precios de hoy eran iguales a los de ayer. Sí, eso sería lo más sensato que podía hacer.

Se acercó a la tienda, dejando tras de sí gotas de miel y zumo de albaricoque con su broche medio comido.

“Ojalá no hubieras vuelto, muchacha. Ya deberías saber que no se deben intentar las mismas artes dos veces.”

Era la voz del vendedor de especias.

¿Por qué estaba tan molesto con aquella bella muchacha? No debía hablarle de una forma tan dura.

Cuando el techo de la tienda proyectó sombra sobre Lander, una mano arrugada se levantó y sujetó la suya. La madre del comerciante lo arrastró hacia su cojín.

“¿Qué?”, preguntó Lander, sorprendido. Estaba doblado casi por completo sobre la anciana. Sus ojos afilados lo miraron de reojo, a la muchacha con el vestido, y hacia la espalda de uno de los guardas de la tienda. El hombre tenía la mano sobre el pomo de su espada.

“Shhh...”, susurró la mujer. Con la mano libre, sacó una pequeña caja lacada que contenía las especias más costosas, de un bolsillo delantero de su delantal. Abrió la tapa con la uña, y Lander vio que estaba llena de un polvo presionado de color ámbar.

La mujer sopló sobre la tapa, y Lander percibió un aroma brillante y fresco. Su corazón empezó a latir con fuerza en los oídos, como si hubiera realizado un trabajo arduo, y un instante después, su mente se aclaró. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué sigo a esa mujer como un cordero perdido?

Sí, era increíblemente hermosa, pero era una desconocida. Y Lander no era tonto. Tenía tareas importantes que cumplir para su padre y su negocio hoy. No tenía tiempo para perseguir bellezas del continente.

Abrió la boca para preguntar qué estaba ocurriendo, pero la anciana volvió a callarlo y lo arrastró al suelo a su lado.

“Pero el mes pasado me vendiste a ese precio antiguo”, decía la muchacha del vestido rosa, inclinándose hacia el vendedor de especias. “Solo necesito un poco más.”

Ella puso una mano delicada sobre su antebrazo, y el hombre dio un salto hacia atrás, como si le hubiera quemado.

“¿Por qué los practicantes siempre creen que son mucho más inteligentes que el resto de nosotros?”, gruñó, entrecerrando los ojos oscuros en su dirección.

Abrió la boca, pero él la interrumpió antes de que pudiera responder—

—Has estado aprovechando a los demás en el mercado también. ¿Pensaste que viejas conexiones nos harían cerrar los ojos ante ti?— Sacudió la cabeza. —No... debiste haber pensado que nadie te reconocería por lo que realmente eres.—

—Toma a los otros por tontos, y entonces mueres por tu necedad— añadió la anciana junto a Lander—. Deberías haberte escapado con el resto, Orellen.—

La muchacha se volvió para mirarlos, con sus ojos marrón oscuro agrandados por el sobresalto. Sus labios temblaban. Sus manos estaban apretadas en la falda de su vestido rosa.

Tiene miedo, se dio cuenta Lander.

En ese momento, un hombre alto con gafas irrumpió en la tienda. Llevaba un medallón de plata delgado como una lámina, del tamaño de un plato grande, colgado del cuello. Estaba tallado con runas wizar, cubriendo casi toda su chaleco de seda.

—¿Es ella?— gritó, mientras atrapaba a la chica en un apretado abrazo de oso por detrás.

Ella chilló.

Lander retrocedió desconcertado.

—Es ella— dijo el comerciante de especias, con una voz amarga.

—¡Beatriz!— gritó el hombre. —¡Beatriz, date prisa, maldita sea! Esta vieja me está mordiendo.

Una mujer rubia y corpulenta, resoplando como un fuelle, entró corriendo en la tienda también. Su medallón de plata rebotaba contra su pecho mientras sacaba una pequeña daga de una vaina en su cintura. —¡Manténla quieta, Roan! No quiero cortarle los dedos si eres cualquier chica al azar.—

Roan gruñó y apretó más a la chica, levantando sus pies del suelo.

—¡No soy de esos!— gritó ella. —¡Suéltame!—

Beatriz se lanzó hacia adelante y le rozó el brazo con la punta de la daga. La niña en el vestido rosa aulló como si le hubieran atravesado el pecho. R independently, she soltó uno de sus brazos y las gafas de Roan volaron por los aires.

Maldiciendo, volvió a agarrarla mientras Beatriz limpiaba una gota de sangre de su daga en el medallón que llevaba en el cuello.

—¡Corre!— gritó Roan. —¡Maldita sea, no veo nada sin mis gafas!—

Beatriz pasó los dedos por la extraña placa de metal. Sus ojos azules estaban enfocados. Algunas runas se iluminaban.

—¡Ay, qué cosa!— exclamó, haciendo una mueca con la nariz llena de pecas. —Conseguimos una.—

—¿Una?— sonó Roan consternado.

La niña aún luchaba salvajemente contra su agarre. La sangre le corría por el antebrazo donde ella le había mordido.

—Sí, la tenemos.

—Te lo dije— dijo el comerciante, señalando a la niña—. Ella ha estado paseándose con filtros de afecto suficientes para encantar un tocón, y ha estafado a gente con todo tipo de ingredientes mágicos en el mercado.

—Lo resolveremos de inmediato— afirmó Beatriz, con un tono amable y profesional—. Gracias por informarnos para poder estar atentos a su llegada.

El comerciante apartó la vista. —No lo hagas aquí, por favor. Esos son bidones de aceite de baño a tu lado. No soportarán bien el calor.—

Beatriz sonrió de forma forzada a todos los presentes. —Sé qué historias probablemente hayan escuchado, pero Roan y yo somos miembros del primer círculo. Parece que algunos de nuestros parientes menores han hecho un gran desorden. Hemos sido enviados aquí para ponerles fin. Todo se resolverá rápidamente, de manera limpia y legal. Les prometo.—

—Solo soy una maga— sollozó la Orellen, de repente, casi sin fuerza en los brazos de su captor. —Solo una maga, lo juro. No soy una Magus. Ya no soy parte de la familia.—

Beatriz se inclinó hacia ella y colocó una mano reconfortante sobre su cabellera de seda.

Lander todavía yacía en el suelo junto a la anciana, con el corazón latiéndole dolorosamente en el pecho. No lograba entender qué sucedía. Solo había pasado un minuto. La información le llegaba demasiado rápido. ¿La chica era una de esas cobardes wizarns serpientes? ¿Había encantado a las personas de alguna manera?

¿Esa sería la razón por la que había perdido sus sentidos y la había perseguido hasta aquí?

Beatriz acarició la cabeza de la chica llorosa y aclaró su garganta.

“Por orden del imperio y en nombre del ilustre Mago Terriban Leflayn, todos los miembros de la familia Orellen deberán viajar al Enclave Leflayn para recibir un juicio imparcial por su implicación en delitos contra la ley natural de los dioses.” Habló con rapidez y claridad. “Aquellos que no lleguen el primer día del mes de la Santa Rae en el año setecientos treinta y dos del imperio serán declarados culpables por su ausencia.”

Hizo una pausa. Su mano dejó de acariciar y sus dedos se hundieron en el cabello de la muchacha, sujetándolo con fuerza. “El mes de la Santa Rae ya pasó”.

Su otra mano se levantó. La pequeña daga que sostenía ardía en rojo intenso. Ella lanzó hacia atrás la cabeza de la muchacha y clavó rápidamente el cuchillo en su ojo izquierdo. La niña gritó, pero tras un segundo, el grito se convirtió en un horrible y gutural gemido de sufrimiento.

Roan saltó hacia atrás, soltándola y cayendo al suelo, accidentalmente aplastando sus gafas bajo sus botas en su apresuramiento.

Beatriz cayó con su víctima, pero mantuvo su cuchillo en su lugar por otro instante. Su rostro estaba tenso, sus ojos lejanos.

Luego, la niña quedó en silencio.

“Creo que eso debería haber sido suficiente”, dijo la maga. Se reclinó y apartó el cuchillo del rostro de la muchacha. Solo que ya no era un cuchillo. Era solo el mango. La mayor parte de la hoja parecía haberse derretido en el cráneo de la Orellen.

“¿Tú... la apuñaste?” La voz del comerciante de especias sonaba de manera anormalmente aguda.

“Sí. No hay necesidad de prender fuego a alguien solo porque esa sea la firma de talento familiar. Pareció el método más humano para llevar a cabo el asunto necesario sin darle la oportunidad de escapar. Afortunadamente, los Orellen rara vez son buenos en combate mágico, o habría tenido que hacer un desastre en tu tienda.”

Los oídos de Lander resonaban. Con cada respiración rápida y superficial, inhalaba un olor ardiente y terrible. Apretaba la mano de la anciana con tanta fuerza que seguramente la estaba lastimando, pero cuando se obligó a soltarla, su cuerpo se negó a obedecerle.

Beatriz se puso de pie. Miraba fijamente el cuchillo derretido en su mano, como si no supiera muy bien qué hacer con él. Luego, se lo entregó a Roan, quien lo recibió con gesto de mareo.

“Lo arreglaremos. ¿Tienes una lona que podamos usar? No parece correcto arrastrar un cuerpo por las calles sin cubrir.”

El comerciante de especias asintió de manera mecánica y señaló a su espadachín.

Los pensamientos de Lander se repetían una y otra vez, como si su mente intentara procesar un hecho imposible. Está muerta. Esa muchacha ya no vive. La wizarn clavó un cuchillo ardiente en su ojo, y ella lo sostuvo allí, y la Orellen murió.

Tenía que mantenerse quieto y en silencio. No se movería. Si no se movía, quizás las wizarns se irían sin notarlo.

Beatriz abrió el vestido de la muchacha muerta. Levantó la hermosa falda rosa para revelar su enagua. Uno de sus zapatos se había desprendido en la lucha, y Lander la observó fijamente su pie

con medias blancas.

Era arrojada de un lado a otro en una cruel imitación de la vida mientras Beatrice luchaba con una bandolera de cadera que la muchacha había llevado debajo de su túnica.

—Aquí estamos —dijo finalmente, soltando su premio. Abrió la bandolera y asintió para sí—. Es como dicen los informes. No lleva nada que nos conduzca a otro familiar, pero aquí tiene otras muchas cosas. Supongo que le fue bien con sus tretas. Es extraño que no haya dejado la ciudad, aunque tal vez no pudo desprenderse por completo de su antigua vida. Algunos no pueden.

Lander permaneció en silencio, quieto. Pensó que la wizarn no lo había notado.

Pero cuando ella contó el contenido del monedero de Orellen sobre una mesa cercana, de repente se volvió hacia la mercader de especias y preguntó: —¿Quién es el muchacho?

—¿Qué?

El mercader le lanzó una mirada fija a Lander, sorprendida de verlo allí.

—No estaba aquí cuando nos llamaste la semana pasada —dijo Beatrice—. ¿Verdad, Roan?

Roan, que estaba trabajando con el espadachín en envolver el cuerpo de la muchacha en la lona, miró hacia Lander. —Creo que no.

—Es un chico de la isla —dijo la anciana, palmeándole el brazo con una mano que temblaba—. Llegó el otro día con su padre para preguntar por los precios del pimienta de savia. Siguiendo a la muchacha justo antes de que llegarais. Los ojos de la pobre niña estaban tan abiertos como los de un búho.

—Vaya, qué pena —Beatrice le dirigió una mirada comprensiva—. Supongo que has olido su perfume. Ella lleva mucho, y tú estás en la justa edad para no poder desprenderte de él. Los filtros y las fragancias de encantamiento son divertidos, pero solo si sabes en qué te estás metiendo.

Beatrice se acercó a ellos.

Ahora me matará. Debo correr.

Pero no lo hizo. Y ella tampoco.

En su lugar, extendió su mano regordeta hacia él. En su palma había tres pequeñas piedras transparentes y una moneda de oro grande. —Tu parte —dijo.

¿¿Qué??

Lander no lo dijo en voz alta, pero su expresión de confusión debía ser evidente.

—Compartimos las pertenencias de una Orellen culpable con aquellos que nos ayudaron a encontrarla. Parece justo incluirte, puesto que sufriste daño por su causa —agregó.

¿Lo hice?

Lander sintió que de alguna manera había sido herido. Pero no por la muchacha Orellen.

—Son diamantes sin tallar. Una considerable suma de riqueza para un muchacho de las islas. Asegúrate de guardártelos donde nadie pueda verlos y regresa enseguida con tu padre; no quieres que te roben.

La anciana pellizcó el codo de Lander, y finalmente se dio cuenta de que ya no podía quedarse inmóvil. Levantó la mano y tomó las piedras y la moneda de la wizarn.

—Gracias... gracias —balbuceó.

—Es lo justo —dijo Beatrice, con una de sus mejillas pecosas sonriendo con un hoyuelo—.

Distribuyó más piedras y monedas entre los espadachines, el mercader y la anciana. Curiosamente, ninguno de ellos se opuso a que Lander compartiera su premio.

Beatrice y Roan no se quedaron con ninguna parte del dinero y, al atar las últimas lazadas sobre la lona que ocultaba el cuerpo muerto de Orellen, Roan se detuvo a decir una oración.

—Vuelve a tu barco —dijo la anciana, después de que finalmente se llevaron el cuerpo y los magos de Leflayn despidieron sus despedidas.

"¿Qué sucedió?" le preguntó Lander. "No lo entiendo."

"Regresa a tu nave," volvió a decir ella. "Viaja con precaución."

Lander tropezó a través del mercado, más desorientado de lo que había estado en toda su vida. Todo era tan brillante. Todo era tan ruidoso. Las personas estaban tan vivas y ocupadas.

¿Por qué era así cuando dentro de la tienda del comerciante de especias había sido oscuro y tan silencioso que Lander podía escuchar el susurro de las telas mientras el wizarn buscaba en las ropas de la chica muerta?

Aquí había música. Y risas.

Estos dos mundos no deberían coexistir en este contraste. Debía abandonar aquel lugar. Algo maligno ocurría en la Tare de Lerit.

Se apresuró más, hacia los muelles. Hacia el Ayagull. Hemarland queda al oeste. Debo ir al oeste.

Comenzó a correr.

Y en el mismo instante en que empezó a correr, fue como si su cuerpo hubiera hallado la respuesta que había estado buscando desde siempre. Corría y corría, atravesando la ciudad, intentando escapar de ella y de todo lo que había visto allí y de todos los horrores que no podía entender.

Tuvo la sensación de que los wizarns lo perseguían, aunque sabía que eso no tenía sentido.

Corrió hasta llegar a los muelles. Podría haber seguido corriendo si una voz familiar no le hubiera llamado por su nombre, y luego, tras ignorarla, gritado con tanta fuerza que ahuyentó a las gaviotas.

"¡Lander!"

Holv acababa de salir del bar junto al muelle, muy popular entre los marineros. Un hombre de piel oscura, que Lander no conocía, lo acompañaba, pero este le fue apenas un roce en su conciencia.

"¡Da!" gritó. "¡Debemos irnos! ¡Tenemos que irnos! Algo no está bien aquí. Este lugar es incorrecto."

En un instante, estaba en los brazos de su padre. Temblaba, y aunque Holv trataba de calmarlo, solo pudo decir, "Todo está mal, todo está mal, todo está mal", como si no existieran otras palabras para explicar por qué debían abandonar la Tare de Lerit de inmediato.

"Aquí, amigo Holv. Prueba esto," dijo una voz.

Le empujaron una botella a los labios, y al segundo, Lander empezó a atragantarse y a escupir un licor ardiente. Miró a su padre con sorpresa. "¡Tú dijiste que no era suficientemente mayor para beber más que cerveza!"

"Tú no lo eres," afirmó Holv. "Pero acabas de salir la mitad de esa trago por la nariz, así que creo que no cuenta."

Lander volvió a toser, y Holv le palmeó la espalda.

"¿Qué sucedió?" preguntó, sujetando los hombros de su hijo y fijando su mirada en sus ojos.

"Vi a un wizarn matar a una chica. En la tienda del comerciante de especias. El wizarn le atravesó un cuchillo en llamas en el ojo y... ella lo sostuvo allí hasta morir."

La expresión de Holv se volvió imperturbable, de una forma que Lander nunca había visto antes. A su lado, el extraño hizo un gesto desconocido con las manos. Podría haber sido una protección contra el mal.

"Hablemos en el barco," dijo Holv.

"¿Da, escuchaste lo que dije?"

"Sí. Dímelo todo en el barco," respondió.

Cuando estuvieron solos en la pequeña habitación privada del capitán, Lander reveló todo a su padre. Sin embargo, cuanto más explicaba, menos sentido parecía la historia.

Una familia entera, una importante en el Imperio Ossumun, había sido ilegalizada. La gente los buscaba abiertamente en las calles. Los cazadores le entregaron diamantes a Lander como disculpa por las molestias.

“¿Los libros de Kalen lograron regresar a la nave?” preguntó Lander de repente.

“Eso no es importante ahora, sm—”

“¡No!” Lander saltó de donde había estado sentado al borde de la litera. “El chico que los llevaba me dijo que algunos libros son ilegales. ¿Y si le envié con libros ilegales? ¿Y si los wizarns lo encontraron? ¿Y si... qué si...?”

¿Y si ese chico estaba muerto con una daga derretida en su cráneo?

“Muy bien. Veo a comprobarlo. Tú quédate aquí.” Holv empujó a Lander de regreso a la cama.

“Pero... ¿y si—?”

“Quédate aquí,” dijo su padre con determinación.

Regresó tan rápido que Lander más tarde se preguntaría si realmente había revisado o si simplemente salió de la habitación y volvió a entrar, y mintió al respecto.

“Los libros de Kalen están aquí. La persona que los llevaba está a salvo.”

Lander asintió.

“Tu también estás a salvo,” dijo Holv. “Permanecerás en la nave, en esta habitación, hasta que volvamos a zarpar.”

Lander no discutió.

Esa mañana quizás querría hacerlo, pero dormir en los camarotes y cumplir con su parte del trabajo era importante. Ser hijo del capitán significaba que debía ser aún más cuidadoso que un tripulante cualquiera y no actuar como si creyera que era superior a los demás marineros.

“¿Partiremos pronto?”

Su padre suspiró. “Pronto, mucho antes de lo que habíamos planeado. Tendré que pensar rápido y hacer nuevos arreglos. He estado hablando con otros capitanes todo el día y he aprendido mucho. Quizá naveguemos a un puerto más al sur con el capitán Kite, con quien estuve cuando tú llegaste. Tiene dos barcos cargados con mercancías que ya no puede vender aquí y tiene más sentido comercial que yo.”

Otro puerto. Eso era bueno.

Cualquier lugar era mejor que Lerit's Tare.